

La gacela (II)

Sárasvatī



Capítulo 1

Me levanté bruscamente del desgastado sofá de piel teñida de granate, con la mirada estática en la nueva chica que lentamente se acercaba al fondo de la sala, escoltada por Marcelo. Por primera vez, no vacilé ni un segundo para apreciar la arrebatada libertad a través de la puerta, como de costumbre. Ella era la protagonista, y yo el deleitado espectador al otro lado de la pantalla de cine. Pero, desde luego, no de un cuento de hadas con final feliz. Lo único que escuchaba era el cada vez más acelerado latido de mi corazón y mi garganta al tragar saliva forzosamente. Pero no solo era yo. Se sentía como si toda la sala se hubiese quedado en silencio, y toda nuestra atención aterrizaba en nuestra nueva huésped. Hasta los gorriones habían dejado de cantar. El mundo se había petrificado ante ella. Y sabía perfectamente cómo las otras chicas allí presentes la juzgaban, con indiscretas miradas que la recorrían de pies a cabeza. A la vez, sabía perfectamente la envidia que las corroía, incluida a mí misma.

A la distancia, podía oler a la perfección esa serotonina que tanto anhelábamos el resto de chicas. Podía verla en su cabizbaja mirada, en sus dedos entrelazados como los de una virgen y en cada uno de sus delicados y silenciosos pasos... como los de una sensual bailarina exótica, o como los de un ágil felino acechando a su presa. Era el caminar más elegante que había visto en mi vida. Aunque, más bien, ella era un indefenso cervatillo sobre la nieve. Esa mujer... irradiaba una cándida luz que, como un cartel de luces de neón hace imposible pasar desapercibida, llamaba a ser devorada. Tenía los brazos delgados, pero la carne de sus muslos y su vientre, al descubierto, temblaban de una forma ciertamente succulenta con cada paso que daba. Era de una tez morena, casi como una rama de regaliz, que hasta daban ganas de morderla y comprobar cuán dulce era. Sus pestañas, eran largas y rizadas, y del mismo intenso color marrón de su largo y ondulado cabello. Este, brillante, caía sobre sus hombros como caen los tallos de flor de glicinia desde las ramas de su árbol. Esa cascada de oscuro café humeante envolvía simétricamente su asimétrico rostro a la perfección. No fue hasta el momento en que levantó la mirada del suelo sucio durante un breve segundo, cuando sus negros ojos me clavaron la última flecha. Un negro que absorbería la luz de mil focos. De nuevo, tragué saliva. Me sentía, por primera vez en mucho tiempo, completamente absorta por su presencia. Estaba flotando a la deriva en la negritud de sus ojos, como la luna flota en el reflejo de un estanque durante la noche.